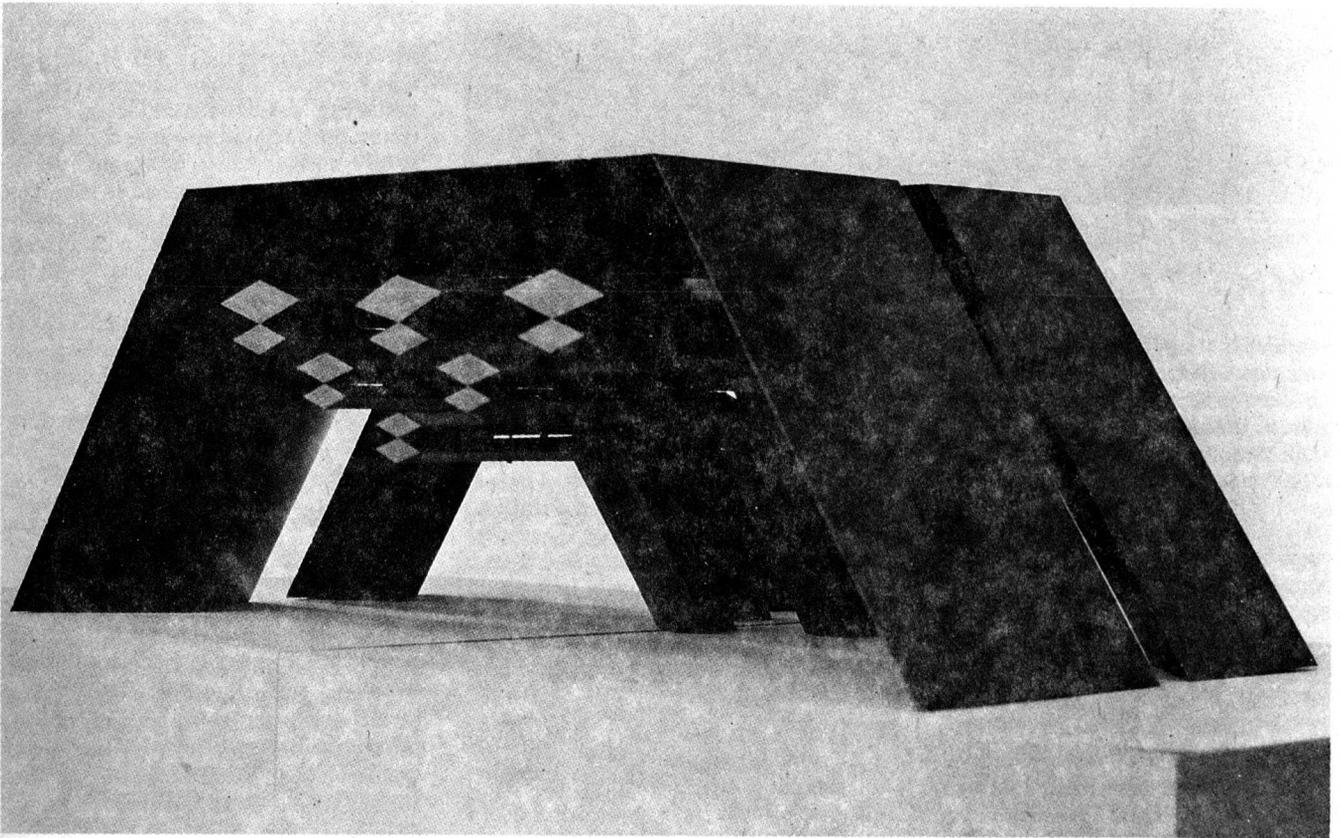

JEAN BAUDRILLARD: Una Requisitoria al Marxismo

Por
Carlos Julio Pájaro



“Homenaje a Bolívar” 1982. 0.84 × 1.50 × 2.34 mts.

Jean Baudrillard, *El Espejo de la Producción, o la ilusión crítica del materialismo histórico*, Gedisa, Barcelona 1980, 178 pp.

Es difícil asignar un nombre a la obra o teoría de Jean Baudrillard por el cual podamos hacer ingresar a ésta en el territorio de una disciplina analítica específica (Sociología, Sicoanálisis, Semiología, etc.), puesto que si todas ellas, y otras,

se hallan presentes, a juicio nuestro no parece haber alguna que constituya una tendencia claramente dominante. Pero este prolifero pensamiento conserva, a través de su todo, una manifiesta propensión: el análisis crítico del marxismo. Todos los conceptos fundamentales del análisis marxista deben ser interrogados, para decidir si ellos se adecuan a las sociedades contemporáneas industrializadas, y a las

que dio origen la vida en comunidad del hombre, desde la era primitiva hasta la inmediatamente anterior al estadio capitalista que vio nacer a la teoría de Marx.

Es imperativo que la crítica contemporánea por la transformación de las formas de vida se constituya en crítica del materialismo histórico, crítica orientada a desmenuarlo del pensamiento económico-

político en que tuvo origen. Esta cuna de la teoría social marxista produce en ella, según J. Baudrillard, la creación de un modelo productivista cuyo efecto inmediato es la sustantivación del trabajo donde los conceptos de producción y trabajo asumen el papel de principios fundamentales del conjunto de categorías del Materialismo Histórico. Con ellos debe empezar entonces la revisión de los conceptos del análisis marxista.

El Modo de Producción propició el surgimiento de un pensamiento crítico referido a él, pero este pensamiento no toca al "principio de la producción". El objeto de la crítica está dado por los Contenidos de Producción, dejando inalterable la producción como Forma; consiguientemente, ésta resurge, sobre un plano eminentemente ideal, luego de la crítica del "modo de producción capitalista".

En el contexto de la crítica de la economía política (Marx) el discurso de la producción puede tener dos significados: o es "metáfora revolucionaria" que invierte un concepto oriundo de la economía política y obediente de su principio de realidad, con lo cual es muy sospechosa la "alternativa radical" que designa, o bien no hay "alternativa radical", ni metáfora, sino una fehaciente demostración de la imposibilidad de que este discurso pueda surgir al margen del esquema general de la producción.

Es cierto que Marx rompe el mito del *Homo oeconomicus* por el cual era naturalizado el sistema del valor de cambio, pero pasa a constituir al hombre mismo en productor del valor por el trabajo bajo el influjo de su Fuerza de Trabajo. Entonces hay lugar para preguntar si no se sigue una operación análoga a la criticada, y por la cual se instaura "un modelo de simulación destinado a codificar todo material humano, toda eventualidad de deseo y de intercambio en términos de valor, finalidad y producción", permitiéndose, por lo tanto, la emergencia de un código, el código de la producción, cuya finalidad sería imponer el Desciframiento de sí del hombre donde propiamente no hay ni finalidad, cifra o valor. Es el Espejo de la producción: la especie humana toma conciencia de sí en lo Imaginario, que no es más que el universo objetivo en el que el hombre se reconoce objetivamente buscando el desciframiento de sí mediante sus obras.

Se sucede de esta manera, a nivel de la crítica de la economía política, la reproducción, donde el hombre deviene en sí mismo su propio significado. Escapa,

pues, a Marx un análisis radical de la forma/representación "(el status del signo, del lenguaje que gobierna todo el pensamiento occidental)", del mismo modo como el de la forma/producción se le escabulle. La ausencia del análisis le impone a Marx sus límites, los mismos de lo imaginario de la economía política.

El análisis marxista incluye una exigencia que le es inherente, la de "crítica radical y superación de la economía política". Esta misma exigencia debe inspirar el requerimiento de revisión de los conceptos que le son propios a aquél. La distinción entre valor de cambio y valor de uso, con la cual el análisis marxista alcanza su fuerte relevancia, es, dice Baudrillard, el lugar donde éste "revela también su flaqueza", pues contrariamente a lo que Marx piensa, queriendo situar el valor de uso en un más allá de la economía política, éste no es sino un producto, el cumplimiento, del sistema del valor de cambio. La dinámica estructural del valor de cambio es la que otorga al valor de uso del trabajo, despojado de su "naturalidad", su valor "específico" aún mayor. El "equilibrio dialéctico" existente entre trabajo cualitativo en acto y trabajo abstracto cuantitativo, aún mantiene el movimiento aparente de la economía política, pues es el valor de cambio el que recibe de Marx la prelación lógica "(la formación económica dada)", pero al valor de uso le otorga todavía algo de "anterioridad concreta" en el seno de dicha estructura. La no revelación por Marx del verdadero sentido del valor de uso como producto del valor de cambio, es consecuencia de la falta de radicalización del esquema, que de darse lograría invertir la apariencia y efectuar tal revelación. Así, pues, ¿cómo puede surgir la plusvalía en la mera actualización de la fuerza de trabajo, si no es suponiendo que la contradicción (dialéctica) entre lo cualitativo y cuantitativo es un movimiento aparente?

El valor abstracto de todos los trabajos, sometidos a comparación, determina lo cuantitativo; lo cualitativo es supuestamente incomparable, pero bajo este respecto, es lo cualitativo lo de mayor significado: "significa la comparabilidad de toda práctica humana en términos de producción y trabajo". Es, en otras palabras, lo sostenido como carácter universal de lo "concreto" del trabajo cualitativo. Sin embargo, "concreto" y "abstracto" parecen aquí opuestos, pero en la misma estructura binaria se halla fundada la abstracción por la cual el trabajo se autonomiza; el juego entre los dos tipos de valor, juego estructuralizado de significan-

tes, es el fundamento del "fetichismo del trabajo y de la productividad". El valor de uso se constituye en el horizonte antropológico del valor de cambio. El valor de cambio cobra siempre la presencia de una abstracción, distorsión abstracta de un concreto de producción, consumo o significación, pero en dicha distorsión se encuentra la razón misma de que el "concreto" no sea más que "su ectoplasma ideológico" y por lo cual la necesidad, el valor de uso, el referente, no tienen existencia propia, sino que son la dimensión genérica en forma de conceptos del propio desarrollo del sistema del valor de cambio.

Para el marxismo no existe otro modo de riqueza social que el generado por la producción y el trabajo, de donde resulta la plena carencia de alternativa real al capitalismo. El intercambio ha sido sustancialmente simplificado por la ley del valor bajo la asunción de este esquema genérico de la producción y las necesidades, proposición que es desmentida por el análisis de otros modos de organización social, y que de ser efectuado bajo los presupuestos de las contradicciones del Modo de Producción caeremos cada vez más hondo en brazos de la economía política, hecho que tiene ocurrencia con el análisis marxista, a juicio de Baudrillard.

Ahora bien, la producción concebida como fin genérico del hombre y, por lo tanto, el hombre concebido como productor, es consecuencia de la forma desarrollada de la economía política, es decir, la productividad abstracta y generalizada. En este sentido, afirma Baudrillard el sistema de la economía política no sólo produce al individuo como fuerza de trabajo vendida e intercambiada: produce también la concepción de la fuerza de trabajo como potencialidad humana fundamental. Esto es, además del imaginario individuo libre-cambista de su fuerza de trabajo, el sistema lo identifica con su fuerza de trabajo y su acto de transformación de la naturaleza con fines humanos. Se obtiene así con el código de la economía política no sólo la explotación cuantitativa del hombre en tanto que fuerza productiva, sino que se le "sobredetermina metafísicamente" como productor. "Es aquí, en última instancia donde el sistema racionaliza su poder — y en esto el marxismo colabora con la astucia del capital—, al persuadir a los hombres de que son alienados por la venta de su fuerza de trabajo, censurando así la hipótesis, mucho más radical, de que podrían serlo en tanto que fuerza de trabajo, en tanto que fuerza 'inalienable' de crear valor por medio de su trabajo".

El concepto de necesidad operando en acto (el consumo del valor de uso), es revestido también con las características de singularidad, diferenciación e incomparabilidad, de 'cualitativo', en síntesis, que asume la capacidad concreta de trabajo. Mediante la primera el hombre da un fin útil objetivo a la naturaleza, la segunda otorga un fin útil subjetivo a los productos. Necesidades y trabajo son la dual cualidad genérica del hombre, que se reúnen en un mismo haz antropológico donde reina el concepto de producción como movimiento fundamental de la existencia humana y se define la racionalidad y la sociabilidad propias del hombre. Esta antropología constituye un anacronismo frente al radical análisis Lógico del capitalismo por Marx, pues procede del racionalismo occidental configurado por el pensamiento burgués del siglo XVIII, pero sus conceptos son traducidos "a la lógica de la producción material y la dialéctica histórica de los modos de producción", con lo cual el análisis, al distinguir unos de otros los modos de producción torna insuperable la existencia de la producción, lo económico, como factor determinante, y también generaliza a toda la historia de los hombres el modo de racionalidad de lo económico como modo genérico del devenir humano. O sea, la distinción de los modos de producción circunscribe toda la historia del hombre a "un gigantesco modelo de simulación", operación que consiste en efectuar la crítica del capital sirviéndose, para el análisis de su universo ideológico, del instrumento que la ideología misma ha diseñado con mayor eficacia y sutileza.

Con la lógica de la producción material y la dialéctica histórica de los modos de producción presentadas por el marxismo, llegamos a una noción aún más substancial que define al hombre como ser dialéctico comprensible sólo a través de su proceso de transformación de la naturaleza. Es, según Baudrillard, la idea que Marcuse extrae de los Manuscritos y por la cual el trabajo no es una mera categoría económica sino toda una categoría ontológica. La coronación dialéctica de todo esto es en cierto modo el concepto de naturaleza como "cuerpo inorgánico del hombre": naturalización del hombre y humanización de la naturaleza. A partir de aquí se erige al trabajo en Valor Absoluto liberado de toda negatividad y fundador del mundo como objetivo, y del hombre como histórico. Ética del trabajo que atraviesa tanto a la ideología burguesa como socialista y que constituye un modelo de análisis extensible a cualquier tipo de sociedad posible.

Pero el concepto de trabajo es propio de la economía política y sólo de ella, razón por la que no puede ser aplicable fuera de ella, y menos convertido en objeto de una ciencia que pretende ser la superación de la economía política. "El trabajo — dice Baudrillard— corresponde definitivamente a la esfera del valor, y por esta razón debe ser sometido, en Marx (así como los conceptos de producción, fuerza productiva, etc.), a una crítica radical como concepto ideológico. No es oportuno, en consecuencia, generalizarlo a otras partes, con todas sus ambigüedades, como concepto Revolucionario".

Antropológica e históricamente el trabajo adquiere la definición de algo que asemina todas las virtualidades ambivalentes y simbólicas del cuerpo y el intercambio social, y los reduce a un concepto racionalista de la utilidad: "el Eros productivo", que canaliza todas aquellas virtualidades hacia el proceso de la producción, acumulación y apropiación. Replantear este camino, que nos lleva a la plenitud de la economía política y al "terrorismo del valor", a fin de poder pensar el intercambio simbólico, significa que los conceptos del materialismo histórico deben ser "resueltos y analizados como conceptos ideológicos solidarios del sistema general del valor"; por esto el intercambio simbólico es radicalmente excluyente de la economía política "(y de su crítica, de la que no es más que su forma acabada)". Para lograr entonces la "única perspectiva revolucionaria", que consistiría en hallarnos en una instancia que supere la esfera del valor, habrá que hacer volar en pedazos el Espejo de la Producción, espejo en el que viene a reflejarse toda la metafísica occidental.

Esta metafísica, que no es ajena a los conceptos marxistas, hunde sus raíces en éstos, cuando dejando de ser "hipótesis interpretativas" se transforman en expresión misma del movimiento del universo. El concepto de historia en lugar de mostrarse, al momento de su abolición, a sí mismo, como histórico, se ha "Transistorizado", universalizándose. Así ocurre con los conceptos de dialéctica, producción, que al universalizarse, junto al de historia, "dejan de ser analíticos y comienza la religión del sentido. Pasan a ser canónicos y entran en el modo de reproducción teórica del sistema en general". Simultáneamente a este proceso alcanzan su dignidad de "científicos", expresiones de una "realidad objetiva", que no es sino su determinación como signos: "significantes de un significado 'real', con lo cual caen en 'lo imaginario del signo',

que es la propia 'esfera de la verdad'. Salidos de la esfera de la interpretación ingresan en la de la 'simulación represiva'".

Ha sido elaborado un estricto código, un código con validez histórica universal al cual han de adecuarse todas las sociedades. Por eso las sociedades 'sin historia' en el pensamiento marxista son parte de la "pre"-historia, por cuanto en ellas aún no está desarrollado el modo de producción, ni la producción ni la dialéctica, razón por la cual estas categorías sólo sirven para el análisis de las sociedades regidas por la economía política, las nuestras. "Cuando el marxismo habla de producción en las sociedades primitivas, preguntémosnos en qué medida este concepto fracasa cuando tiene que dar cuenta de nuestras sociedades históricas...".

Estamos, pues, ante una clara expresión de conquista del efecto contrario, ya que la racionalidad de la producción de Marx supera en alto grado a la de la economía política burguesa, constituyéndose su teoría en la apoteosis de la economía política. La crítica de la economía política por Marx es radical frente a los contenidos de ella, pero conserva la forma propia de lo criticado: "cualquier teoría crítica es acosada..., negatividad amenazada por la forma misma de lo que ella niega".

Sobre la base de este análisis, Jean Baudrillard declara que la crítica de la economía política está substancialmente terminada, pues la dialéctica materialista ha demolido sus contenidos conservando y reproduciendo su forma. De conformidad con el espíritu revolucionario de la economía de Marx, se debe pasar a un plano radicalmente diferente que permita el salto de la crítica a la resolución definitiva de la economía política, nivel que no es otro que el del intercambio simbólico y su teoría, y al que se debe llegar no sin haber efectuado "la crítica de la metafísica del significante y del código, en toda su actual envergadura ideológica". A esta crítica le asigna Baudrillard el nombre de "Crítica de la Economía Política del Signo".